

CAPÍTULO 1: LA TEOLOGÍA EN LA VIDA DE LA IGLESIA

Si se quiere comprender qué cosa es la teología no es suficiente recurrir al significado etimológico del término *theologia*; no basta tampoco recorrer la evolución que el significado de tal término ha tenido en el curso del tiempo. Esto es interesante y lo veremos. Pero es también necesario tratar de aprender de la vida de la Iglesia, de su historia, es decir, *cómo se ha hecho teología y cómo se ha ido comprendiendo*. Sólo la Iglesia, de hecho, sabe qué cosa es la teología, *cómo se hace teología en el sentido específico del término*, es decir cristiano. Ese es el motivo del recorrido histórico que, aunque sólo sea por referencias muy breves, trataremos en el presente capítulo. Mucha de la información aquí plasmada ha sido inspirada por el libro de Jean-Pierre Torrel, *La teología católica*¹.

1. LA HISTORIA DEL TÉRMINO TEOLOGÍA

Etimológicamente, el término teología significa *discurso, doctrina* (lógos) sobre Dios (Theós). Ese significado sin embargo no se convertirá específico que con los cristianos. Entre los griegos este término tenía un sentido diverso: teólogos eran los poetas (Hesiodo, Homero, Orfeo) que creaban los mitos acerca de los dioses. *Theologia* era sinónimo de mitología. Esta tenía, para Platón, un fuerte valor educativo. También Aristóteles habla de la *theologia*, en los mismos términos, excepto en un caso, en el cual el vocablo *theologia* designa la parte de la metafísica que trata sobre Dios². Entre los estoicos encontramos una distinción clara entre tres tipos de *theologia*: la relacionada a la mitología elaborada por los poetas; la *theologia* —llamada *física*— que elaboran los filósofos en su estudio sobre la naturaleza y, la llamada civil o política, la cual está vinculada al culto público dado a los dioses. Con el neoplatonismo, el significado que prevalece está vinculado al ámbito filosófico, sin referencia alguna a revelaciones sobrenaturales de parte de la divinidad.

El término teología no está presente en la Biblia, tampoco en las obras de los Padres apostólicos. Sólo, con mucha cautela, el término entró en el vocabulario cristiano, a causa de los posibles malentendidos con el significado que se tenía en la cultura pagana. Su sentido fue precisándose poco a poco, distinguiéndose del uso pagano, sobre todo en las obras de los Padres griegos, mucho antes que lo usaran los Padres latinos.

Para Clemente de Alejandría (siglo II) el término *theologia* significa conocimiento de las cosas divinas (en sentido cristiano); Orígenes (184 ca. – 253 ca.) lo distingue con cuidado del uso pagano diciendo que la *theologia* es “una doctrina sobre Dios, digna de Dios”; Eusebio de Cesarea (260 ca. – 339) intitula *Historia Eclesiástica*³ una de sus obras. En ella, él distingue entre *theologia* propiamente dicha y *oikonomía* (economía). El término *economía* designa el actuar de Dios en la

¹ La obra original está escrita en francés, en castellano se publicó por la Editorial San Esteban.

² Cfr. ARISTÓTELES, *Metafísica*, VI, 1026^a, 19: “Por consiguiente, habrá tres filosofías especulativas: la Matemática, la Física y la Teología (pues a nadie se le oculta que, si en algún lugar se halla lo divino, se halla en tal naturaleza (en la que es inmóvil y separada) y es preciso que la más valiosa se ocupe del género más valioso. Así pues, las especulativas son más nobles que las otras ciencias, y la Teología, más que las especulativas.”

³ Algunas veces traducida como *Historia teológica*.

historia para venir al encuentro del hombre y salvarlo. Según tal distinción, que se convertirá clásica en Oriente, también gracias al influjo de los Padres Capadocios, la *teología* se ocupa propiamente del misterio (entendido como aquella realidad que supera nuestra propia capacidad de comprensión) de Dios en sentido estricto – de Dios Trinidad- abstrayendo de su intervención en la historia, mientras que la *economía* comprende todas sus obras *ad extra*, aquellas que constituyen la Historia de la Salvación, y en particular la encarnación que es su culminación.

En Occidente, entre los Padres latinos, el único significado conocido del término *theologia* permanece, por muchos siglos, pagano. Será Abelardo (1079-1142) quien lo introduzca en el ámbito de las escuelas cristianas. Inicialmente era usado con un doble significado: como conocimiento de Dios, distinto de economía, o bien simplemente como un discurso sobre Dios, que es el sentido actual del término. Después de Abelardo el vocablo *theologia*, será usado comúnmente por los teólogos, junto a otros ya difundidos, como *sagrada doctrina* o *sagrada página*.

2. LOS ORÍGENES DE LA TEOLOGÍA

En cierto sentido la actitud teológica ha estado presente desde siempre, sea en la Iglesia considerada en su conjunto, sea en la vida de los creyentes. De hecho, acoger con fe una verdad revelada, lleva siempre consigo también el empuje a la reflexión para comprender mejor aquello que se cree, y tal acto reflejo es ya hacer teología. Aquí nos ocuparemos de delinear, con breves notas, los orígenes de la verdadera actividad teológica y propia en el seno de la Iglesia de los primeros siglos.

El nacimiento de la teología coincide con el nacimiento de la Iglesia. De hecho fue inmediatamente motivada por dos exigencias: 1) de la necesidad de la transmisión de la fe; 2) de la necesidad de justificar y defender la fe en el encuentro con los no creyentes.

En lo que se refiere a la primera exigencia, la difusión del mensaje cristiano requería sobre todo el anuncio del Evangelio a aquellos que no lo conocían. El término griego “*kérygma*” (anuncio, predicación) indica el contenido fundamental del mensaje cristiano proclamado por los apóstoles. El cual puede ser enunciado sintéticamente así: “*Jesús, el Cristo, el hijo de Dios muerto por nuestros pecados y resucitado de entre los muertos*”⁴. Distinguir al interior del Evangelio este contenido esencial es ya fruto de una reflexión, de un pensamiento teológico; sin embargo, este se evidencia más en el caso de la *catequesis*. La catequesis⁵ era la enseñanza que introducía más a fondo en el conocimiento de la fe a los nuevos bautizados: era por esto necesario explicar la verdad revelada, haciéndola lo más posible accesible a la inteligencia de los nuevos cristianos.

También la justificación de la fe de delante de los no creyentes exigía una reflexión adecuada. El mismo NT muestra ya los signos del esfuerzo para ir al encuentro de las exigencias de los interlocutores no cristianos: en las confrontaciones con los pertenecientes al pueblo hebreo, Pablo se preocupa de demostrar los fundamentos escriturísticos de la identidad divina de Jesús (Cfr. Hch 17, 1-4. 18, 5) y lo mismo hacen los evangelistas, sobre todo Mateo, cuando hace relucir el cumplimiento de las profecías del AT en Cristo.

En el encuentro con el mundo helénico de religión pagana, en cambio, son sobre todo los Hechos de los Apóstoles el testimonio del empeño de preparar el anuncio de Cristo con argumentos adaptados a la mentalidad de los oyentes: pensemos en el discurso de Pablo en el Aerópago de Atenas (Cfr. Hch 17, 16-34), o la referencia a Dios como creador para disuadir a los ciudadanos de Listra quienes querían ofrecerle un sacrificio en honor de Pablo y Bernabé, considerados dioses disfrazados (Cfr. 14, 8-18).

Entre las obras de los primeros autores cristianos, hay un puesto importante para las *Apologías*, es decir, las defensas de la fe en la confrontación con los paganos: sea de filósofos como Celso⁶, sea de las autoridades imperiales, como en la Apología de Justino mártir, dirigida al emperador Antonino Pío y el Senado romano.

⁴ Cfr. Hch 2, 22-24. 10, 36-43; 1Co 15, 3-5.

⁵⁵ Denominada en Hch como *didaché*, enseñanza. Cfr. Hch 2,42; 15,35.

⁶ ORÍGENES (185-254) es el autor del *Contra Celso*, escrito para refutar las tesis del filósofo pagano Celso.

En ambos casos, haya sido por el anuncio y por la catequesis o por la defensa y justificación del cristianismo en el encuentro con el mundo hebreo y grecorromano, era necesario elaborar un pensamiento teológico, para encontrar un lenguaje y las categorías adecuadas a las necesidades de los interlocutores y a su cultura. Esta labor también se logró mediante la adopción del pensamiento filosófico de parte de los teólogos cristianos. Esta adopción fue crucial, en el sentido que el pensamiento cristiano en desarrollo se valió de la filosofía, pero era claramente consciente de que la fuente de la verdad se encontraba en la Revelación: en Cristo, las preguntas fundamentales sobre el origen de la vida y el destino de la humanidad ya habían encontrado respuesta. La referencia a la Revelación permitió a los pensadores cristianos de modificar también profundamente, en algunos aspectos, las doctrinas filosóficas recibidas del mundo grecorromano. “Ante las filosofías, los Padres no tuvieron miedo, sin embargo, de reconocer tanto los elementos comunes como las diferencias que presentaban con la Revelación. Ser conscientes de las convergencias no ofuscaba en ellos el reconocimiento de las diferencias.”⁷

Entre los factores en el origen de la teología en el seno de la Iglesia de los primeros siglos no fueron únicamente aquellos de carácter externo que apenas hemos evidenciado —anuncio y defensa del mensaje cristiano—, sino también una exigencia interna de la fe misma: el amor a la verdad creída en la fe empuja a comprender más a fondo tal verdad. La verdad al centro de la fe es Dios mismo, infinitamente amable y siempre infinitamente más grande de lo que nuestra razón puede comprender, y esto abre al cristiano un mar infinito de posibilidades para la investigación y el conocimiento. Por esta razón, tanto Agustín como Tomás coinciden en que creer es “*cum assensione cogitare*”⁸ (pensar con asentimiento): una continua reflexión (pensamiento) sobre la verdad creída, coexistiendo con la certeza del asentimiento a la verdad misma.

Además, al acoger la Revelación, la Iglesia se vio inmediatamente ante la necesidad de armonizar afirmaciones aparentemente irreconciliables. Por ejemplo, ¿cómo conciliar la afirmación de la unicidad de Dios, que caracteriza todo el AT, con las expresiones de Jesús de su igualdad con el Padre, de ser uno con Él, y del Paráclito que enviaría desde el Padre?

El NT no ofrece aclaraciones específicas; se limita a afirmar sin explicar, dejando a la Iglesia la tarea, de alguna manera, hacer inteligible el misterio. Esto ha requerido, en esta como en muchas otras cuestiones, un largo esfuerzo de reflexión teológica, no exento de dificultades y tensiones dentro de la propia Iglesia. Fue necesario acuñar nuevas palabras, no presentes en la Escritura (consideremos el término «*homusios*» = *consustancial*, insertado en la Profesión de Fe del Concilio de Nicea y hoy tristemente traducido como “de la misma naturaleza”), capaces de traducir la realidad transmitida en la Revelación.

Así ha progresado el trabajo teológico en la Iglesia a lo largo de los siglos: siempre es un esfuerzo por comprender lo que se cree en la fe, expresándolo en términos y conceptos humanos. Los estímulos y los desafíos a menudo provienen de los cambios culturales e históricos que han afectado a los diversos contextos en los que la Iglesia vive y trabaja.

⁷ JUAN PABLO II, *Fides et Ratio*, n. 41. La encíclica, en los números 36-41, traza una interesante síntesis del encuentro entre el cristianismo y la filosofía en la obra de los Padres de la Iglesia. Regresaremos a ella más adelante, cuando abordemos la relación entre teología y filosofía.

⁸ AGUSTÍN, *De praedestinatione sactorum*, 2,5; TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q. 2, a. 1.

La variedad de enfoques, esquemas de pensamiento, intuiciones y lenguajes con los que la teología cristiana ha explicado su fe (cf. 1 P 3,15) en su encuentro con personas y culturas de todos los tiempos, da una idea de la maravillosa fecundidad que surge del encuentro entre Dios que se revela y el hombre, “se confía libre y totalmente a Dios prestando ‘a Dios revelador el homenaje del entendimiento y de la voluntad’”⁹.

⁹ CONCILIO VATICANO II, *Dei Verbum*, n.5

3. DESARROLLO HISTÓRICO DE LA TEOLOGÍA

Ahora nos proponemos a recorrer rápidamente alguna de las etapas más significativas de la historia del pensamiento teológico. No tenemos ninguna pretensión de agotarla por completo, pero sí la intención de recuperar los elementos principales y algunas relaciones fundamentales que caracterizan a la teología: la relación con su objeto -la Revelación-, con la racionalidad humana en sus diversas formas (lenguaje, cultura, filosofía, ciencias, etc.) y con la historia, así como también la relación con el sujeto mismo de la actividad teológica, qué es la Iglesia.

3.1 *El periodo patrístico*

Como explica Ratzinger, el valor perenne de los Padres de la Iglesia está en el hecho en que su obra constituye la primera respuesta a la palabra de Dios que es la Revelación. La Palabra tiene la prioridad, pero si ella no hubiese sido escuchada, recibida, o no hubiese obtenido respuesta, se hubiera perdido en el vacío y por lo tanto, hubiese sido olvidada. Y en la vida y en la teología de la Iglesia continuarán siempre teniendo un gran valor “el hecho que no podemos leer y escuchar la Palabra prescindiendo de la respuesta de quienes antes la han recibido y la constituyeron permanente”¹⁰.

Padres apostólicos y apologetas

Los exponentes de la primera generación de los Padres de la Iglesia, entre el final del primer siglo y la mitad del segundo, son denominados *Padres Apostólicos*, por lo cual sus obras son el reflejo de la predicación de los Apóstoles y el complemento de los textos canónicos que habían sido escritos recientemente (aunque no estaba fijado aún el canon de la Escritura, es decir, el elenco de los libros considerados inspirados y normativos por la fe de la Iglesia).

La obra de los Padres Apostólicos —entre los cual es recordamos a Clemente romano, La Epístola de Bernabé, Hermas, Ignacio de Antioquía, Policarpo de Esmirna, la Didaché, La Epístola a Diogneto— inauguraron la literatura cristiana no canónica y son “el más antiguo el testimonio de la actualización del mensaje de Jesús en la vida cristiana, en la formación del dogma, en la doctrina y en la praxis moral, en la liturgia, en la organización y en la disciplina eclesiástica: ecos del kerygma e imagen fiel de la vida de la Iglesia naciente”¹¹.

Los escritos inmediatamente sucesivos a los realizados por los Padres Apostólicos dan testimonio, en cambio, del encuentro del cristianismo con el mundo pagano y con el judaísmo. Los exponentes de tal generación son llamados Apologetas: su empeño, de hecho, se puede sintetizar en los siguientes puntos:

¹⁰ J. RATZINGER, *Natura e compito della teologia*, Jaka Book, Milano 1993, 157.

¹¹ G. BOSIO, E. DAL COVOLO, M. MARITANO, *Introduzione ai Padri della Chiesa: Secoli I e II*, SEI, Torino 1990, 36

- refutar las acusaciones contra los cristianos, sea de carácter legal (el *crimen sacrilegii et maiestatis*, es decir la refutación de tributar culto al emperador), tanto los falsos e infames rumores que circulaban entre el pueblo.
- Demostrar la inmoralidad y los errores de la religión y filosofía paganas;
- exponer correctamente la doctrina cristiana para demostrar su verdad.

Los apologetas —entre los cuales recordamos a Justino, Taciano, Atenágoras, Teófilo de Antioquía— son en gran parte cristianos cultos, provenientes del paganismo, deseosos de comunicar su descubrimiento de la verdad y de esclarecer las falsas ideas sobre la religión cristiana. Su estilo está lleno de vida y de entusiasmo.

En la polémica con la filosofía y la religión pagana, se basaron sin prejuicios en la misma literatura pagana. En cuanto se refiere a la exposición de la doctrina cristiana se ocupan sobre todo de las cuestiones que eran más objeto de polémica, sin una pretensión de integridad: la unidad de Dios, la inmortalidad del alma y la vida futura y otros temas que se prestaban mejor a una demostración racional.

Los apologetas dan los primeros valientes pasos en el uso de términos y conceptos cuyo significado teológico se especificará más adelante, a lo largo de siglos de discusiones. Por lo tanto, no nos escandalicemos de encontrar en sus obras también algunas imprecisiones e incertidumbres. Pueden ser considerados los pioneros de la ciencia teológica y de la inculturación del evangelio en la civilización de su tiempo¹².

A partir de este primer trabajo de limpieza, el terreno del pensamiento cristiano comenzó a generar maestros, cuya obra manifiesta las características de una verdadera y propia teología. Consideraremos sólo algunos de los principales destacando las aportaciones e intuiciones más significativas de cada uno.

Padres griegos

Ireneo de Lyon (+202 ca.)

Puede ser considerado el primer teólogo verdadero y auténtico, como hombre de la Tradición y de la Escritura. Ireneo, sin embargo, es sobre todo un pastor y su intención no es científica sino práctica: es decir, defender la verdadera doctrina contra los herejes (gnósticos) y de exponer claramente las verdades de fe. La noción central de su pensamiento está basada en la categoría paulina de la *recapitulación* (la restauración en Cristo de la obra de la creación deteriorada por el pecado); su aproximación es eminentemente bíblica; tiene una fuerte raíz en el AT y en la Tradición de la Iglesia. Su obra principal es el *Adversus Hæreses*, escrito para refutar las tesis nósticas.

¹² G. BOSIO, E. DAL COVOLO, M. MARITANO, *Introduzione ai Padri della Chiesa: Secoli I e II*, 157.

Orígenes (185-254)

Es uno de los más importantes e influyentes escritores de la Iglesia antigua. Su obra es imponente por el número de los escritos y su valor. Su obra llamada *Peri Archôn* (Sobre los Principios) puede ser considerado el primer ensayo de reflexión especulativa (no tanto una explicación de la Escritura) que se encuentra en la tradición cristiana. No es obviamente una *Summa*, porque no trata individualmente cada argumento. Pero la intención de Orígenes es la de construir un cuerpo de doctrina buscando las consecuencias lógicas de las afirmaciones de fe y siguiendo un razonamiento recto con el auxilio de la filosofía. Utiliza, por lo tanto, la cultura y la filosofía de su tiempo para refutar las doctrinas gnósticas y para la elaboración de su propio pensamiento.

Orígenes fórmula también algunas teorías —como la preexistencia de las almas y la apocatástasis— que serán más tarde reconocidas como erróneas. No obstante, él las propone como hipótesis y no como doctrinas, empero, esto le causó numerosas críticas y dificultades. Por esto, su figura ha sido altamente controvertida. Pero su obra permanece como un gran ejemplo de búsqueda teológica, sea por la profunda unidad entre los diversos sectores de la teología que él mantiene, sea por la unidad de vida espiritual e intelectual que lo caracteriza.

Gregorio de Nisa (335-394 ca.)

Después de Orígenes, hay que esperar hasta los Capadocios —San Basilio, San Gregorio Nacianceno y el propio San Gregorio de Nisa— para otro gran intento de teología sistemática. Lo que caracteriza al nisano, además del profundo conocimiento de las Escrituras común a todos los Padres, es su dominio de la filosofía —por ejemplo, conocía a Platón, Aristóteles, los estoicos y los neoplatónicos— y de la retórica. Sobre esta base, desarrolló un pensamiento teológico riguroso y cualificado. Su producción es extensa e incluye obras exegéticas, dogmáticas y ascéticas, homilias, cartas, biografías, etc.

El *Gran Discurso Catequético* de Gregorio de Nisa intenta fundamentar la enseñanza de la doctrina en las Escrituras y la filosofía. Se divide en tres partes: una sobre Dios, la segunda sobre Cristo y, finalmente, la tercera sobre la humanidad. Partiendo de la creación y el pecado original, muestra cómo, mediante la encarnación y la redención obradas por Cristo, el hombre es restaurado a su estado original (la influencia de Orígenes es evidente en esta visión).

Desempeñó un papel fundamental en el Concilio de Constantinopla en la doctrina del Espíritu Santo. Tras un viaje a Tierra Santa, su pensamiento reveló una mayor apreciación de la humanidad de Cristo, lo que corrigió cierta tendencia platónica previamente presente. Es uno de los primeros testigos, junto con Gregorio Nacianceno, del uso del término Theotokos en referencia a la Virgen María.

Pseudo Dionisio

Se desconoce la identidad de Pseudo-Dionisio, pero se le puede fechar entre los siglos V y VI. Contribuyó al desarrollo del método teológico. Distinguió dos enfoques generales: uno simbólico, basado en el conocimiento místico, y otro filosófico, basado en la demostración. En consecuencia, identificó cuatro métodos teológicos diferentes: simbólico, afirmativo, negativo y místico. Sin embargo, estos métodos no conducen a una fragmentación de la teología, ya que todos son necesarios e interdependientes. De hecho, la teología siempre se refiere a Dios, a sus atributos y a sus manifestaciones, tal como se describen en las Escrituras. En otras palabras, la unidad de la teología está garantizada por la unidad de su objeto.

Juan Damasceno (676 ca. – 749)

Nació en una familia árabe de fe cristiana. Después de un tiempo de ausencia de las grandes figuras, es el último gran padre oriental que nos entrega una especie de “*Summa*”, la *Fuente del Conocimiento*. Su obra tendrá una gran influencia en occidente durante el medievo, junto a Pseudo-Dionisio y a Máximo el Confesor.

Padres latinos

Tertuliano (160 ca. – 240 ca.)

En occidente el primer autor teológico de gran relieve es Tertuliano. Se convirtió al cristianismo, que antes ridiculizaba, y logró convertirse en un apasionado defensor. Su temperamento llevado por la intransigencia lo empujará, en la segunda parte de su vida, a adherirse a la herejía montanista¹³ por motivos prácticos e institucionales; sin embargo, esta decisión influyó poco o nada en el ámbito escriturístico o dogmático.

A la luz de su fe, realizó una profunda revisión de su vasta cultura (literatura, historia, filosofía, derecho, ciencias naturales, medicina y psicología), convirtiéndola en una poderosa herramienta tanto para la defensa de la fe como para su estudio teológico. Vivió en los albores de la literatura cristiana latina y puede ser considerado con razón el creador del lenguaje teológico latino: acuñó alrededor de mil neologismos, adaptando el lenguaje a las necesidades de la reflexión teológica. Baste decir que es responsable de la aplicación del término *trinitas* a la doctrina de Dios,

¹³ Fue un movimiento cristiano del siglo II que surgió en Frigia —centro occidente del actual Turquía— fundado por Montano, junto con dos presuntas profetizas, Priscila y Maximila. Este movimiento puso su acento en la profecía (ya que Montano consideraba que el Espíritu Santo hablaba directamente a través de él y sus profetizas para revelar nuevos datos, dejando de lado la autoridad de la Escritura y la tradición apostólica), el entusiasmo espiritual con tintes escatológicos (afirmaba que la Nueva Jerusalén descendería en Pepuza y lo designó como un santuario) y un extremismo en la disciplina moral (basados en ayunos prolongados, rechazo al matrimonio, postura radical contra el pecado y afirmaba que algunos pecados eran imperdonables después del bautismo). Evidentemente, en su encuentro con la Iglesia, desestimó la autoridad de los obispos y cuestionó severamente la ortodoxia de la Iglesia.

en la acertada expresión: “la Trinidad de una sola divinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo”¹⁴; así como de la distinción entre *substantia* y *persona*, paralela a la distinción griega entre *ousía* e *hipóstasis*. Su influencia en los escritores posteriores fue grande, desde Cipriano hasta Agustín e Isidoro. Luego decayó en la Edad Media, en parte debido a la sombra proyectada por su adhesión al montanismo.

Agustín de Hipona (354-430)

La Iglesia latina cuenta con numerosas figuras ilustres, pero no fue hasta San Agustín que encontramos las cualidades de Orígenes reunidas en una sola persona. La producción teológica de Agustín también fue enorme. En varias obras, se esforzó por presentar la totalidad de la doctrina cristiana, preparando así el camino para las grandes síntesis medievales. En *De doctrina christiana* se ofrece un intento sistemático. El método que recomienda es emplear todos los medios para una mejor interpretación de las Escrituras: lenguas, ciencias naturales, simbolismo numérico, historia, filosofía.

De Trinitate, por otro lado, es un espléndido ejemplo de *intellectus fidei*¹⁵, en el que la teología se describe con una fórmula clásica: como la ciencia que “genera, nutre, defiende y fortalece la fe eminentemente saludable que conduce al hombre a la verdadera bienaventuranza” (XIV, 1, 3). En la primera parte, Agustín expone el dogma de la Trinidad y lo defiende de interpretaciones heréticas, basándose en la Escritura y la Tradición; en la segunda parte, busca profundizar en la comprensión del misterio.

Partiendo del hecho de que la humanidad fue creada a imagen de Dios, examina el alma humana e intenta captar, por analogía, algo que ilumina el misterio de Dios mismo. No proyecta categorías externas sobre el misterio divino, sino que se apoya en él para profundizar en su interior y luego retornar al misterio. Por lo tanto, la actitud de Agustín es siempre la de un creyente, más que la de un filósofo.

El compromiso de Agustín es representativo de la diferente orientación que adoptaría la teología latina en comparación con la teología griega, con un mayor uso de la razón filosófica y de analogías creadas para profundizar en la comprensión de la fe. Sus expresiones más exitosas se verán en Buenaventura y Tomás de Aquino. La teología oriental, en su conjunto, se mantendrá más conservadora respecto a la introducción de la razón en el ámbito de la fe y, al mismo tiempo, más respetuosa con el misterio.

¹⁴ TERTULIANO, *De pudicitia*, 21: “Trinitas unius Divinitatis, Pater et Filius et Spiritus Sanctus”.

¹⁵ *Intellectus fidei* (o entendimiento de la fe) se refiere a la comprensión profunda y reflexiva de las verdades de fe, iluminada por la gracia divina y el trabajo de la razón humana. Tuvo su origen en escritos de Agustín de Hipona y Anselmo de Canterbury y el CEC la describe como un don (n. 156-159).

Conclusión

En conclusión, respecto a la obra de los Padres de la Iglesia, podemos decir que hacen la teología de diversas maneras, pero con algunas características comunes:

1. Un profundo estudio bíblico, que no excluye la Tradición: se basaron en ella principalmente para la interpretación de la Escritura. Y la Tradición misma consistía esencialmente en la enseñanza de los Padres sobre la Escritura.
2. Un marcado carácter pastoral: la intención de los Padres era instruir al Pueblo de Dios y defender la fe de las herejías. Sin embargo, también hay obras no motivadas directamente por intenciones pastorales, sino por el afán de profundizar en la comprensión de los misterios de la fe, como el *De Trinitate* de Agustín.
3. El uso de la razón en el ámbito de la fe. Sobre este punto, las posiciones divergieron, en particular respecto al uso de la filosofía, acusada por algunos de ser fuente de herejías. Sin embargo, todos los Padres estaban convencidos de que la fe no solo no es un obstáculo, sino que nos impulsa a comprender y ofrece a la razón las condiciones para una comprensión más profunda. El fundamento bíblico que se cita con frecuencia es Isaías 7:9: “Si no creen, no entenderán”. Muchos Padres eran, además, hombres de gran cultura que no temían recomendar la lectura de autores seculares como preparación para el estudio de la ciencia cristiana.

3.2 La teología monástica y la teología escolástica

En los siglos que van del V al XIII, la herencia agustiniana permanece muy viva. Gracias a Boecio¹⁶ (480 *ca.* – 524) se conoce una parte de la Lógica de aristóteles y sólo del siglo XII en adelante se dispondrá también de otras disponibles en Occidente. El renacimiento carolingio¹⁷ (siglo IX) estableció las siete artes liberales¹⁸ como el cuerpo pedagógico propedéutico para la enseñanza de la teología (o también llamada *sacra pagina*). Con el término *scholastica* se designa la teología del medievo sucesiva a la época patristica (es decir a partir del siglo VIII), del momento en que fue elaborada y enseñada en las *scholae*. Estas eran inicialmente asociadas a los monasterios benedictinos, más tarde a las catedrales y finalmente se desarrollarán las universidades¹⁹. Sin

¹⁶ Anicius Manlius Severinus Boethius cónsul. Nació en Roma en el 480, cincuenta años después de la muerte de Agustín. Estudió en Atenas filosofía griega (Aristóteles, estoicos y neoplatonismo); y fue contemporáneo de Pseudo Dionisio y Clodoveo I. A su regreso a Italia es nombrado cónsul de Teodorico el Grande, rey ostrogodo. Fue acusado de traición por el mismo Teodorico. Se cree que las diferencias fueron de orden religioso ya que el rey era arriano y Boecio católico. Escribió *De consolatio philosophiae*. En su obra se entrevé su lamentación por la vulgarización del pensamiento griego. Pretendió comentar la obra de Aristóteles (Lógica, Física y moral) y de Platón, comentarlas y demostrar su concordancia substancial.

¹⁷ Fue un período de revitalización cultural, intelectual y artística que tuvo lugar en Europa Occidental durante el reinado de la dinastía carolingia, principalmente bajo el gobierno de Carlomagno (768-814) y sus sucesores, en los siglos VIII y IX. Este movimiento buscó recuperar y preservar la herencia cultural de la Antigüedad clásica (grecorromana) y combinarla con los valores cristianos, sentando las bases para la cultura medieval europea.

¹⁸ Comprendería *trivium*: gramática, dialéctica y retórica; y *quadrivium*: aritmética, geometría, música y astronomía.

¹⁹ Mondin señala que el término *scholastica* también tiene un significado más profundo: toda la cultura medieval era, en cierto sentido, «escolástica» porque veía a Dios como el verdadero «maestro», la autoridad suprema. Desde Dios y

embargo, nos encontramos ante un fenómeno peculiar: entre la teología patristica²⁰ y la especulación escolástica hay un periodo en que la explicación teológica no entra adecuadamente a ninguna de estas categorías. Los autores medievales de Occidente ya no son Padres de la Iglesia —aunque sus procedimientos de hacer teología sean análogos a los de los Padres—, sin embargo, aún no son los técnicos escolásticos que aplican el método aristotélico al objeto de su estudio.

*Teología monástica*²¹

Los primeros siglos de la Alta Edad Media, entre los siglos VIII y X, se caracterizaron sobre todo por la *teología monástica*, nacida y desarrollada en las escuelas de los monasterios benedictinos. Sin embargo, el término teología monástica designa de forma más general *una forma de hacer teología*, basada esencialmente en la lectura meditativa de las Escrituras, con la ayuda de comentarios patristicos. Este enfoque también continuó en paralelo al desarrollo de la *teología escolástica* propiamente dicha (que no se impartía en escuelas monásticas, sino en escuelas catedralicias y, posteriormente, en universidades), a partir del siglo XI. En las escuelas monásticas, el maestro se comprometía a transmitir a sus alumnos el contenido de su propia experiencia espiritual, dando lugar a una teología que, según los cánones aristotélicos, es más una *sabiduría del corazón* que una ciencia. La práctica teológica al estilo monástico incluye la *lectio*, la *meditatio* y, finalmente, la *oratio*. Su propósito, más que el progreso científico, es saborear el misterio de Dios en la contemplación y cantarle. Algunos de los principales exponentes de la teología monástica son Alcuino de York, Rabano Mauro, San Bernardo de Claraval y San Anselmo de Canterbury. Gradualmente, la teología monástica dará paso a la teología escolástica, en la que se asignará un papel más importante a la especulación intelectual. Sin embargo, entre los frutos duraderos de la teología monástica está el de señalarle a la teología especulativa sus límites, a saber, la insuficiencia de la investigación puramente racional, ya que, cuando se trata de Dios y su voluntad para nosotros, la inteligencia solo puede ir acompañada del amor. Y el amor produce una forma nueva y superior de conocimiento.

Teología escolástica

Entre los precursores de la *escolástica*, podemos incluir sin duda al propio san Anselmo de Canterbury (1033-1109), quien en su teología buscó demostrar mediante la búsqueda de "razones

su Palabra, la verdad llegó a la humanidad a través de los ángeles, los profetas y apóstoles, los Padres de la Iglesia y, finalmente, los maestros de escuela. Véase B. MONDIN, *Storia della Teologia*, Edizioni Studio Domenicano, Bolonia 1996, vol. 2, 9.

²⁰ Existe una convención más o menos generalizada de considerar que el periodo patristico concluye en Occidente con Isidoro de Sevilla (560 ca.-636) y en Oriente con Juan Damasceno (+749 ca.).

²¹ Durante la segunda mitad del siglo XX hubo un interés de varios autores por este periodo histórico. Puede consultarse C. VAGAGGINI, *Problemi e orientamenti di spiritualità monastica, biblica e liturgica*, Roma 1961, 242-323; R. GRÉGOIRE, *Bulletin de théologie monastique* en *Studia Monastica*, 10 (1968), 161-180; y 11 (1969) 149-168; R. GRÉGOIRE, *Théologie monastique* en *Lettre de Ligugé*, 192 (1978) 25-30; G. PENCO, *La teologia monastica: bilancio di un dibattito* en *Benedictina*, 26 (1979), 189-198.

necesarias". Sin embargo, siempre partió del presupuesto de la fe, creída y amada: "No busco, Señor, penetrar en tus profundidades... Pero quiero comprender, aunque sea mínimamente, tu verdad, que mi corazón cree y ama. No busco comprender para creer, sino que creo para comprender, pues sé que si no creo, no comprenderé" (*Proslogion*, 1).

A Anselmo de Laon (1050 ca.-1117) se le atribuye el inicio del método escolástico de *quaestiones* y *sententiae*. Fue el autor de la *Glossa ordinaria*, una explicación de la Biblia mediante citas de los Padres de la Iglesia, que se utilizaba en las escuelas. Sin embargo, pronto fue superado por Abelardo (1079-1142), quien lo criticó por no usar ampliamente la razón en teología. Abelardo sentó las bases de un nuevo método teológico, buscando reemplazar las declaraciones autoritarias por explicaciones inteligibles.

Finalmente, recordamos a Pedro Lombardo (+ 1159), el maestro más famoso de la época. Sus cuatro *Libros de Sentencias* recogen las opiniones (*sententiae*) de los Padres sobre diversos argumentos, organizados sistemáticamente: 1) Dios Trinidad; 2) Dios como Creador y su obra; 3) la Encarnación del Verbo y la redención; 4) la doctrina de los sacramentos y los fines últimos. Las *Sentencias* de Pedro Lombardo constituirían el manual de referencia para los maestros de teología durante los tres siglos siguientes.

La Gran Escolástica

En el siglo XIII, los tres principales centros de teología surgieron casi simultáneamente en París y Oxford, y poco después en Colonia (bajo el liderazgo de Alberto Magno). Estos centros ya no estaban vinculados a las escuelas de catedrales o monasterios, sino a las universidades. Especialmente en París, a partir de 1220, la teología escolástica experimentó un desarrollo sin precedentes, con maestros como Guillermo de Auxerre, Felipe el Canciller, Alejandro de Hales, Guillermo de Auvernia; más tarde, Alberto Magno, Buenaventura y Tomás de Aquino. Estos últimos pueden considerarse representantes de las dos grandes corrientes en las que se identificaban los teólogos de la época, aunque con muchos matices.

Buenaventura de Bagnoregio (1217 ca. – 1274)

Se le puede considerar el verdadero fundador de la teología franciscana, quien supo mejor que nadie cómo infundir el carisma de San Francisco en el estudio de la teología. Una característica de Buenaventura es la firme afirmación de la *subordinación de la filosofía a la teología*. Sin embargo, no deben separarse, pues es evidente que la fuente de todo conocimiento se encuentra en Dios. Esta actitud, con el paso de los años, se profundizará gradualmente hasta llegar a un rechazo casi total de todo conocimiento humano. Sin embargo, lo que Buenaventura condena no es el uso correcto de la ciencia filosófica (como camino hacia la plenitud del conocimiento, alcanzable mediante la fe), sino su abuso, es decir, cuando se cree autónoma y puede alcanzar la verdad y el bien por sí sola. Cristo es el mediador de la ciencia, tanto en metafísica como en teología, ya que toda la iluminación proviene de él. Las obras de Buenaventura son *una metafísica y una teología*

de la ejemplaridad: todas las criaturas son imágenes, imitaciones de Dios, causa suprema y ejemplo de todas las cosas.

El pensamiento de Buenaventura es predominantemente platónico-agustiniano.

Su *Itinerarium mentis in Deum* es muy famoso, en el que la filosofía, la teología y el misticismo llevan el alma a la contemplación de Dios.

Tomás de Aquino (1224 ca. – 1274)

Es incorrecto contraponer a Tomás con Buenaventura, ya que en muchos aspectos su pensamiento es similar. Tomás también se inspira considerablemente en Agustín, al igual que Buenaventura. Sin embargo, fue mejor que nadie al integrar la contribución filosófica de Aristóteles en la teología, cuyas obras fueron traducidas y conocidas en la Europa cristiana precisamente en esa época. La estima de Tomás por Aristóteles, sin embargo, no le impidió ser selectivo y capaz de distanciarse o superar, cuando era necesario, el pensamiento del gran filósofo.

Lo que caracteriza la teología de Tomás es el firme *reconocimiento de un orden natural de la creación*, que la gracia no suprime ni inutiliza. De ello se desprende que la naturaleza creada tiene sus propias leyes que deben ser estudiadas y respetadas. Dios, en sus acciones, respeta las causas secundarias. Tomás es autor de numerosas obras. La más conocida es la *Summa Theologiae*, que tiene una organización diferente a las *Sentencias* de Pedro Lombardo: la primera parte (I) trata de Dios, primero en sí mismo y luego como Creador; La segunda parte (dividida en dos subpartes: I-II y II-II) aborda el movimiento del hombre hacia Dios (las virtudes, la moral); finalmente, la tercera parte (III) considera a Cristo, quien, en su humanidad, es el camino que conduce a Dios. La Suma, por lo tanto, tiene un desarrollo circular, ya que todo proviene de Dios y regresa a Él por la mediación de Cristo.

Rasgos Fundamentales de la Teología de la Gran Escolástica

Tres factores convergentes caracterizan la teología de la época dorada de la Escolástica (siglo XIII).

- 1) La Biblia sigue siendo la referencia privilegiada. Era el texto fundamental de la educación teológica.
- 2) Los Padres de la Iglesia también constituyeron un punto de referencia fundamental (aunque de rango subordinado), como lo demuestran las numerosas *catene aurea* —cadenas de oro— compuestas por los grandes maestros de la época: se trataba de colecciones de dichos (es decir, textos autorizados) de los Padres sobre diversos temas teológicos o comentarios sobre pasajes bíblicos.
- 3) El factor que más caracteriza la teología escolástica del siglo XIII es la nueva forma de emplear la razón, posible gracias a un profundo conocimiento de las obras de Aristóteles.

De hecho, fue durante este período que las principales obras de Aristóteles se dieron a conocer en Occidente gracias a su traducción del árabe al latín, junto con comentarios de filósofos musulmanes como Avicena y Averroes. Si desde sus orígenes la teología se basó en la razón para comprender y organizar toda la verdad revelada, ahora puede finalmente dotarse de un método rigurosamente científico: el aristotélico. Así, se convierte en una *ciencia* propiamente dicha, como *cognitio per causas*: conocimiento que investiga y descubre las causas de las cosas. La teología deja de ser casi una extensión de la exégesis de la Escritura y se convierte en una ciencia en el verdadero sentido de la palabra, ya que se elabora según criterios racionales²² Este logro de la teología es, sin duda, uno de los mayores de toda su historia²³.

Además del método científico, el conocimiento de Aristóteles también proporcionó una riqueza de herramientas conceptuales que resultaron muy útiles para el nuevo método teológico, tanto especulativo como filosófico: conceptos como acto y potencia, materia y forma, sustancia y accidentes, y numerosas otras doctrinas de considerable interés. M. D. Chenu define este logro teológico como una “extraordinaria expansión de la antigua fórmula anselmiana: *Fides quaerens intellectum*” y atribuye gran mérito, especialmente a Tomás de Aquino. Cabe señalar que la entrada del pensamiento aristotélico en la teología no estuvo exenta de fuertes tensiones, acalorados debates e incluso condenas. Muchos percibieron el peligro que podía conllevar el recurso indiscriminado a la nueva fuente filosófica; un peligro de errores que, de hecho, se produjo incluso entre maestros de gran autoridad. Las tendencias conservadoras eran principalmente agustinianas. Las condenas de 219 proposiciones filosóficas y teológicas por parte del obispo de París, Esteban Tempier, en 1277 (incluidas las declaraciones de Tomás de Aquino, que sería rehabilitado en 1324, tras su canonización) dan testimonio de estas tensiones.

La escolástica tardía

Tras la época dorada de la escolástica, encontramos otros autores notables, como Juan Duns Escoto y Guillermo de Occam, pero, en general, se evidencia un declive en la teología. Una causa principal de este declive reside en la dificultad de mantener el equilibrio y la armonía en el uso de la filosofía en la teología. Se evidencian dos procesos: por un lado, una tendencia al fideísmo que devaluó el conocimiento racional; por otro, una tendencia entre los teólogos escolásticos a centrarse en cuestiones metodológicas y a hacer que el sistema teológico sea cada vez más lógico, sutil y rígido. Este declive contribuyó a la imagen negativa que posteriormente pesaría sobre la teología durante la era escolástica; pero esta imagen no refleja la verdadera grandeza de la escolástica en su época de mayor florecimiento.

²² Cuando abordemos el método de la teología, profundizaremos y aclararemos lo que sólo hemos mencionado aquí. Sin embargo, podemos especificar que para Tomás de Aquino, la teología es una ciencia porque, al igual que las otras ciencias, parte de principios demostrables (las verdades de fe o los artículos de fe) y procede a partir de ellos mediante el razonamiento: “Así como las ciencias profanas no tienen que demostrar sus principios, sino que argumentan a partir de ellos para demostrar otras tesis, así también la doctrina sagrada no demostrará sus propios principios, que son los artículos de fe; sino que a partir de ellos procede a la demostración de algo más, como hace el Apóstol, quien a partir de la resurrección de Cristo prueba la resurrección de todos”. (TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I, q. 1, a. 8, co).

²³ B. MONDIN, *Storia della Teologia*, vol. 2, 243.

3.3 La época moderna

La era moderna de la teología puede considerarse que abarca los siglos XV y XVIII, es decir, entre el Cisma de Occidente y la Revolución Francesa. Esta división refleja esencialmente lo que también se aplica a la historia general de Europa. En cuanto a la teología, podemos distinguir tres periodos en la era moderna:

- el período del humanismo (siglo XV)
- el período de la Reforma y la Contrarreforma (siglo XVI)
- el período del racionalismo y la secularización (siglos XVII y XVIII).

A diferencia de la era de los Padres y la Escolástica, la teología moderna no tiene un carácter unitario ni homogéneo. La ruptura de la unidad religiosa (primero el Cisma de Occidente, luego, sobre todo, la Reforma Protestante), política, cultural y espiritual de la Europa cristiana también afectó al pensamiento teológico. En particular, la Reforma Protestante condujo a divergencias en cuanto a las fuentes y el contenido de la verdad revelada; pero el surgimiento de nuevas doctrinas filosóficas y científicas también influyó en la teología, dotándola de herramientas conceptuales y culturales muy diversas. Por lo tanto, la teología moderna se presenta no como un cuerpo orgánico, sino como un conjunto de sistemas racionales bastante diversos de la fe cristiana. Sin embargo, podemos identificar dos características comunes de la teología moderna:

- 1) Presta una profunda atención al *misterio de la humanidad*, un misterio que también ha sido redescubierto por las disciplinas vinculadas a las humanidades, las artes y el pensamiento filosófico. La teología, tanto católica como protestante, se caracterizará por un profundo antropocentrismo y se centrará en gran medida en los temas del pecado y la justificación, la libertad y la gracia, la fe y la predestinación.
- 2) Como herramienta filosófica, la teología moderna *tiende a preferir Platón a Aristóteles*. Y desde una perspectiva teológica, la principal referencia será Agustín. Entre los teólogos de la época que utilizarán principalmente categorías y lenguaje platónico y neoplatónico se encuentran Nicolás de Cusa y Marsilio Ficino, Lutero y Calvino, Campanella y otros. Fue durante la reacción católica a la Reforma Protestante (que comenzó con el Concilio de Trento, que tuvo lugar entre 1545 y 1564) que la teología escolástica, y en particular la teología tomista, revivió y se desarrolló hasta reafirmarse como la tendencia principal en la teología católica.

Reforma Protestante y el Concilio de Trento

Uno de los grandes procesos históricos que caracterizan la era moderna fue la Reforma Protestante y su posterior reacción: la Reforma Católica o Contrarreforma. Los factores que dieron origen a este proceso son numerosos y no pueden reducirse únicamente a la influencia de una gran personalidad como Martín Lutero (1483-1546). Entre ellos, cabe mencionar el Cisma de Occidente, y el consecuente Conciliarismo lo cual provocó ciertas reticencias hacia la autoridad máxima; la Devotio moderna (como primer conato de reforma); la disolución de la unidad política y espiritual

de la Europa medieval; la necesidad de una reforma de la estructura y la vida de la Iglesia; una lógica de poder y la concesión de beneficios en la asignación de cargos eclesiásticos; la deficiente educación del clero; una mentalidad clerical generalizada, incluso en el ámbito cultural, donde los laicos reclamaban el lugar que les correspondía, etc. El principio de autoridad que sustentaba la cosmovisión medieval también había desaparecido: la autoridad de Aristóteles en filosofía, de los grandes doctores en teología, del Papa y del emperador en política.

La acción de Lutero, desde una perspectiva teológica, también puede entenderse como una reacción al entonces tardío y decadente escolasticismo, que se había vuelto demasiado rígido y formal. Monje agustino, Lutero rechazó no solo la autoridad de Aristóteles, sino también toda forma de razonamiento filosófico, y en particular el uso de la *analogía* en el razonamiento teológico²⁴. Buscó una teología basada únicamente en la Escritura (*sola Scriptura*). Con ello, se distanció de la tradición que, desde san Agustín, había empleado la analogía en la reflexión teológica. Más radicalmente, la *sola Scriptura* de Lutero también expresó su rechazo a interpretar la Escritura junto con la gran Tradición de la Iglesia, es decir, los Padres, los Doctores y el Magisterio.

El Concilio de Trento constituyó la respuesta católica a Lutero y a los demás reformadores, e inició la profunda labor de renovación que desde hacía tiempo se sentía en la Iglesia. Desde el punto de vista teológico, el concilio desarrollará los argumentos más importantes en vista de la controversia protestante:

- El reconocimiento exacto de los libros canónicos de la Escritura, algunos de los cuales habían sido excluidos por Lutero;
- La afirmación de que, junto con la Escritura, «las tradiciones no escritas que... han llegado hasta nosotros» son también «fuentes de verdad salvífica y normas morales». La Iglesia «considera que estas tradiciones fueron dictadas por boca del mismo Cristo o por el Espíritu Santo y preservadas en la Iglesia Católica en virtud de una sucesión ininterrumpida»²⁵. Así, junto con la Escritura, también se afirma el valor de la Tradición como fuente de verdad revelada;
- La aclaración de la doctrina del pecado original, que no corrompió completamente la naturaleza humana, como afirmaba Lutero. Por lo tanto, mediante la gracia, el hombre puede ser sanado y ser verdaderamente «justo», y puede realizar obras de auténtica caridad;
- La doctrina del Concilio sobre los sacramentos afirma su institución por Cristo y su eficacia para los fines de la salvación;
- A la visión luterana de una Iglesia puramente espiritual fundada únicamente en la Palabra de Dios, el Concilio respondió con su propio modelo de la Iglesia como Cuerpo de Cristo, dotado también de una dimensión visible y jerárquica. Además, si bien es cierto que Cristo

²⁴ En teología significa reconocer la validez de un razonamiento que, a partir de las cosas creadas, llevan a comprender cualquier aspecto de Dios, su autor. Este razonamiento, naturalmente, debe ser conducido en modo correcto.

²⁵ CONCILIO DE TRENTO, *Sesión IV*, (DH 1501).

es el único mediador entre Dios y la humanidad, la Iglesia misma (como la Virgen María y los santos) tiene, según el Concilio, un verdadero papel mediador, subordinado al de Cristo.

La importancia del Concilio de Trento reside también en que su visión teológica fue fruto de la síntesis de diversas tendencias (tomistas, escotistas, nominalistas, agustinianos). La armonía encontrada en Trento demuestra cómo la presencia de diferentes concepciones y visiones no se opone necesariamente a la unidad en la misma fe, sino que puede, por el contrario, demostrar la riqueza y profundidad de la verdad contenida en ella.

Desarrollo del racionalismo y la secularización

A partir de la segunda mitad del siglo XVII, comenzó el proceso cultural que conduciría a la afirmación del racionalismo y la Ilustración en Europa. Este fue el período culminante de la llamada *modernidad*. Hasta entonces, la tendencia al antropocentrismo, propia de la era moderna, se había mantenido en armonía con una cultura fundamentalmente religiosa: el hombre, como sujeto libre, siempre fue visto en relación con Dios e insertado en un mundo ordenado por Él. Sin embargo, en el tercer período de la era moderna, el del racionalismo y la Ilustración, se afirmaron la autonomía del hombre, su subjetividad y el valor absoluto de su razón: Kant definiría este momento histórico como “la salida del hombre de la minoría de edad”. Así, se produjo una secularización cada vez más decisiva del pensamiento y la cultura, en el sentido de que ahora prescindían de Dios; desarrollaron *etsi Deus non daretur*²⁶, según la expresión de Hugo Grozio.

No podemos detenernos aquí en la distinción que debe hacerse, en el fenómeno de la secularización, entre aspectos positivos y negativos²⁷. En cambio, nos limitamos a señalar que el pensamiento y la cultura modernos se desarrollaron independientemente de la fe y la teología cristianas:

- se desarrolla una teología natural autónoma, que trata a Dios únicamente con conceptos y razonamientos racionales, sin ninguna referencia a la Revelación;
- la filosofía es ahora completamente independiente de la fe, ya no es una *ancilla theologiae* sino su propia maestra²⁸;

²⁶ “como si Dios no existiese”, es una frase célebre del filósofo y jurista Hugo Grozio (1583-1645) en 1625. Era usada para fundamentar la validez del derecho natural independientemente de la existencia de Dios.

²⁷ Ampliamente recomendada la obra de M. FAZIO, *Historia de las ideas contemporáneas. Una lectura del proceso de secularización*, Rialp, Madrid 2007.

²⁸ Ahora se asiste al fenómeno inverso, de doctrinas teológicas elaboradas por filósofos, a partir de su propio sistema de pensamiento. Tales teologías filosóficas se mantienen suficientemente concordes con la verdadera y auténtica teología -es decir, aquellas que mantienen su punto de partida en la Revelación- hasta cuando la filosofía de soporte permanece en sintonía con Platón (como en el caso de Descartes, Malebranche, Leibniz y Vico); sin embargo, esta sintonía desaparece cuando los filósofos comienzan a utilizar el empirismo y el racionalismo de la Ilustración. Esto conducirá progresivamente a la negación de la razonabilidad de la fe, luego a la negación de cualquier posibilidad de revelación sobrenatural y, finalmente, a la negación de Dios.

- la afirmación de la autonomía de la razón alimenta el proceso de secularización, el progresivo distanciamiento entre religión y cultura.

El desarrollo del pensamiento científico y filosófico, independiente del pensamiento teológico, obligó a la teología a adoptar una postura defensiva y casi de parálisis. En lugar de dialogar con la modernidad, la teología se defendió, limitándose a reiterar el legado teológico de épocas pasadas y centrándose en una especialización y subdivisión exageradas de las diversas disciplinas teológicas.

Sin embargo, la profunda crisis de la teología en la época moderna y de la Ilustración no se debió solo a las causas externas, históricas y culturales mencionadas, sino también a una crisis dentro de la propia Iglesia. Las energías espirituales desatadas por el proceso de la Reforma y el impulso teológico del Concilio de Trento se habían desvanecido. Fue necesaria la conmoción de la Revolución Francesa para presenciar un resurgimiento de la teología y el amanecer de una nueva era.

3.4 Perspectivas y características del trabajo teológico desde el Concilio Vaticano I hasta la época contemporánea

Un resurgimiento de la teología se produjo con el resurgimiento de inspiración romántica impulsado por la escuela católica de Tubinga, fundada por Johann Sebastian von Drey. Se le atribuye unánimemente el papel de fundador de la teología fundamental moderna. Su programa consistía, de hecho, en demostrar la racionalidad del contenido revelado, recibido y aceptado por la Iglesia. Esta es la *fides quaerens intellectum* que, según Anselmo y Tomás, era el propósito propio de la teología. La apologética dejó así de ser una mera "defensa" de la fe frente a los ataques de los pensadores y racionalistas de la Ilustración, para convertirse en una disciplina verdaderamente teológica.

La escuela católica de Tubinga, cuyo representante más ilustre fue Johann Adam Möhler (+ 1838), enriqueció la teología con las siguientes características:

- un sentido más vivo de la historia y el desarrollo de la teología misma;
- la concepción de la Iglesia como un organismo vivo;
- una percepción renovada de la unidad del dogma y la moral;
- una nueva conciencia de la necesaria conexión entre la teología y la vida de la Iglesia.

La teología tradicional también se renovó, gracias sobre todo a los jesuitas del Colegio Romano²⁹. Entre ellos se encontraban Giovanni Perrone, Carlo Passaglia y otros. M.J. Scheeben

²⁹ En 1551, San Ignacio de Loyola estableció en Roma el Colegio Romano como una escuela de gramática, humanidades y doctrina cristiana, la primera institución educativa jesuita. Su objetivo era formar a sacerdotes y líderes eclesiásticos con un enfoque en la excelencia académica y el espíritu ignaciano. Inicialmente ubicado en la Vía Capitolina (hoy Piazza d'Aracoeli), se convirtió en un centro de prestigio en campos como las matemáticas, la física y la astronomía (por ejemplo, el padre Cristóforo Clavio, profesor allí, elaboró el calendario gregoriano en 1582). En 1583-1584, el papa Gregorio XIII inauguró una nueva sede en la actual Piazza della Pilotta y lo elevó a un nivel

también se incluye a veces en la escuela romana, ya que estudió en el Colegio Romano, aunque posteriormente no impartió docencia allí. La teología de Perrone, por ejemplo, combinó un marco tomista con un enfoque histórico, capaz de interactuar con las corrientes culturales de la época y responder al racionalismo de las áreas germánica y francesa³⁰. También vale la pena recordar el efecto positivo de la reacción a dos tendencias opuestas que se desarrollaron en la primera mitad del siglo XIX: por un lado, un énfasis excesivo en el papel de la razón en la teología por parte de la tendencia racionalista (que terminó reduciendo prácticamente el misterio revelado a lo que podía explicarse racionalmente); por otro lado, por reacción, una desconfianza casi completa de la razón y la afirmación de la necesidad de la fe incluso en asuntos de orden natural por parte de la tendencia fideísta.

El Concilio Vaticano I (1870) proporcionó una respuesta autorizada a estas tendencias en la Constitución Dogmática *Dei Filius*. El documento, por un lado, sostiene que la Revelación es una fuente auténtica de conocimiento, no reducible a lo que la razón humana puede lograr solo por sus propios esfuerzos; Por otro lado, basándose en la propia Revelación, defiende la razón y su capacidad para conocer la verdad frente al fideísmo, ofreciendo orientación sobre cómo emplearla eficazmente en teología.

El final del siglo XIX y el comienzo del XX estuvieron marcados por el modernismo y la reacción del Magisterio a la profunda revisión que este propuso en numerosas áreas teológicas: en cuanto a la naturaleza sobrenatural de la Revelación, la personalidad de Cristo y su voluntad en relación con el origen de la Iglesia, el papel de la Tradición, el valor de las formulaciones dogmáticas y, en general, la autoridad del Magisterio. La encíclica Pascendi del Papa San Pío X y el decreto Lamentabili constituyeron una fuerte respuesta a las ideas modernistas y contribuyeron a limitar su difusión. Una cierta excesiva actitud defensiva por parte del Magisterio también frenó temporalmente el positivo proceso de renovación teológica, que, sin embargo, se reanuda ya en el período entre las dos guerras mundiales. Esta renovación de la teología, cuyos frutos serían claramente visibles en la doctrina del Concilio Vaticano II, se produjo en diversos ámbitos:

- la renovación del tomismo tras la encíclica *Aeterni Patris* de León XIII (1879), que reactivó el esfuerzo por desarrollar el pensamiento teológico en el espíritu de Santo Tomás;
- la renovación litúrgica, inaugurada por Odo Casel y desarrollada principalmente en Francia tras la Segunda Guerra Mundial;
- el movimiento bíblico, con la fundación de la Escuela Arqueológica y Bíblica de Jerusalén por Marie-Joseph Lagrange (1890). El movimiento sería objeto de críticas y sospechas

superior, nombrándolo en su honor. Durante siglos, se conoció como el "Colegio Romano" o "Gregoriana". En 1873, el papa Pío IX lo elevó formalmente a la categoría de "Pontificia Universidad del Colegio Romano", permitiendo que su rector se titulara "Rector de la Pontificia Universidad Gregoriana". Así, la universidad actual es la evolución natural de ese colegio jesuita. La Pontificia Universidad Gregoriana sigue confiada a la Compañía de Jesús y mantiene el escudo y la tradición del Colegio Romano, con inscripciones que recuerdan su origen en 1553 (inauguración formal). En 2024, se fusionó con el Pontificio Instituto Bíblico y el Pontificio Instituto Oriental, formando una entidad única bajo el paraguas jesuita, pero preservando su esencia como heredera del Colegio Romano.

³⁰ Cfr. P. SGUAZZARDO, *Storia della teologia fondamentale*, in G. LORIZIO (ed.), *Teologia Fondamentale*, vol. 1: Epistemologia, Citta Nuova 2004, 334-336.

durante el período modernista, y luego se relanzó gracias a la encíclica *Divino Afflante Spiritu* de Pío XII (1943);

- Renovación de la teología sobre la Iglesia, a través de la obra de autores como Y. Congar y H. de Lubac, que dará sus frutos en la eclesiología de la Lumen Gentium del Vaticano II.

También cabe destacar, por su importancia para orientar los esfuerzos de los teólogos católicos, la encíclica *Humani generis* de Pío XII. Esta afirma la primacía, en la labor teológica, de los datos revelados (la referencia debe hacerse siempre a la Revelación) y del estudio de las fuentes (bíblicas, patrísticas y litúrgicas), ya que la especulación teológica «que descuida el recurso al depósito sagrado se vuelve estéril»; el teólogo no debe actuar como un individuo aislado, separado de la comunión eclesial y sin recurrir al Magisterio, que es el auténtico intérprete del depósito; el interés por los Padres no debe llevar al desprecio por los términos y conceptos desarrollados por la teología escolástica. El Concilio Vaticano II, con su carácter manifiestamente pastoral, no eclipsó la teología, sino que reiteró su naturaleza eterna: la de estar al servicio de la comprensión eclesial de la fe y su proclamación a las personas y la cultura de su tiempo. El Concilio recuerda que la Sagrada Escritura debe constituir siempre «el alma de la teología» (cf. *Dei Verbum*, n. 24), y que existe una relación inseparable entre la Sagrada Escritura, la Tradición y el Magisterio: es su correcta relación la que asegura la preservación del depósito de la fe en la Iglesia y su comprensión cada vez más profunda (cf. *Dei Verbum*, nn. 9-10). El decreto *Optatam totius* sobre la formación de los sacerdotes enfatiza la necesidad de cultivar la relación entre la filosofía y la teología, para ayudar a los teólogos a «descubrir las relaciones entre el razonamiento filosófico y los misterios de la salvación, que la teología estudia a la luz superior de la fe» (cf. *Optatam totius*, 15).

El período comprendido entre el Vaticano II y la actualidad se caracteriza por una rica producción teológica, pero también por una considerable diversificación y fragmentación en los enfoques y modelos teológicos empleados. Una característica común y particularmente evidente de la teología contemporánea es su atención a la historia y al contexto cultural: al hacerlo, los teólogos pretenden, ante todo, dialogar con el hombre contemporáneo para presentarle la doctrina de la fe de forma significativa. Pero más allá de esto, el diálogo con la humanidad, con la cultura y con la historia se considera un verdadero «lugar teológico», casi una fuente para la teología, de la que extraer estímulos, preguntas y provocaciones para avanzar en el esfuerzo de iluminar, con la luz de la Revelación, la situación de la humanidad y su camino hacia la salvación.

4. ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA TEOLOGÍA A PARTIR DE SU ITINERARIO HISTÓRICO

Hemos concluido nuestro itinerario histórico; sin duda ha sido un vistazo muy sobrio pero significativo para destacar las características fundamentales de los diversos desafíos que ha tenido que enfrentar la teología durante su desarrollo. Como hemos podido constatar, ha sido un mosaico variopinto donde las luces y las sombras no estuvieron ausentes. Parecería, además, que hemos pasado de largo sobre algunos conceptos fundamentales, pero estos los ahondaremos en los ulteriores capítulos de nuestro curso.

- a. En primer lugar, hemos identificado los cimientos del edificio de la teología que se encuentran a lo largo de los siglos y sus diversas expresiones teológicas: se trata de la referencia a la Escritura y la Tradición, y la coexistencia de dos principios, la razón y la fe.

En efecto, la teología, desde sus primeras formas, se ha nutrido de la Escritura y se ha desarrollado en el contexto vital —de fe y pensamiento— de la Iglesia, es decir, en relación con la Tradición constituida por las afirmaciones autorizadas de los Padres, Concilios y teólogos de épocas anteriores, así como por la fe expresada en el culto y en los sentimientos de los fieles. Además, la fe del teólogo es el principio primordial y el motor de su reflexión, como se desprende claramente del análisis histórico, donde observamos que los teólogos siempre han sido creyentes, pastores o fieles³¹. El teólogo es un hombre de fe que emplea todos los recursos de la razón para iluminar el objeto de su fe: el misterio de Dios y su plan de salvación para la humanidad. La razón se ha empleado de diversas maneras a lo largo de la historia, y lo abordaremos más adelante; pero por ahora, es importante señalar que la teología es el resultado de la síntesis de la mirada de fe y la reflexión racional.

- b. La teología, desde sus inicios, ha cumplido dos funciones: a) reflexionar sobre la fe para comprenderla mejor; b) justificar racionalmente la fe ante los no creyentes. La teología, por lo tanto, trabaja en dos direcciones: hacia el interior de la propia Iglesia y hacia el exterior, hacia el mundo.
- c. La teología manifiesta un carácter histórico. En cada época, el encuentro con el mundo y la cultura ha estimulado la búsqueda de un lenguaje y soluciones apropiados a las nuevas preguntas que se plantean. También ha proporcionado a los teólogos herramientas conceptuales y visiones del nuevo mundo y hombre. Se puede decir que «en cada época, la teología se ha expresado en diversas y múltiples formas o estilos, influenciada por: la variedad de contextos en los que se desarrolla; la sucesión de acontecimientos históricos siempre nuevos y el cambiante clima cultural de carácter paradigmático al que se enfrenta ella y la Iglesia en general; la diferente formación intelectual y espiritual, y las no siempre iguales condiciones de vida y compromiso teológico de sus autores»⁴⁶. Volveremos a este importante aspecto de la historicidad de la teología. Por ahora, simplemente especifiquemos

³¹ Muy recomendable la lectura de M. Flick, Z. Alszeghy, *Cómo se hace teología*, Ediciones Paulinas, Madrid, 1976.

que, si bien la verdad revelada no cambia con el tiempo, sus expresiones y explicaciones adquieren diferentes formas, mutuamente compatibles, en contacto con diferentes culturas.

- d. De lo anterior se desprende también otra característica de la teología: su pluralismo. Esto no se debe solo a la diversidad de contextos en los que se entiende y expresa la fe: el pluralismo surge también, y sobre todo, del hecho de que el Dios que se reveló en Cristo —el objeto de la teología— es siempre mayor que cualquier posible expresión, cualquier posible sistematización. Ningún modelo teológico es en sí mismo Suficiente para agotar la verdad que es Dios. El pluralismo es muy diferente del relativismo: es una manifestación de fidelidad a una verdad demasiado grande y profunda para ser expresada de una sola manera. Para garantizar esto, el criterio que nos permite distinguir entre el pluralismo teológico verdadero y el falso es la fe de la Iglesia, expresada en sus declaraciones normativas. Volveremos sobre estos aspectos en las siguientes páginas para aclararlos y comprenderlos de forma más orgánica y sistemática.